

Convencion, allí no podeis impedir el mal; marchad á Caen á reunirnos con vuestros compañeros y hermanos.— Mi deber está en Paris, contestó el representante, y no le abandonaré.—Cometeis una falta replicó Carlota insistiendo de un modo significativo y casi suplicante. Creedme, añadió en voz baja y rápido acento, huid, huid, pero mañana antes de la noche,» y salió sin aguardar la respuesta.

XIX.

Estas palabras, cuyo sentido conocia solo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo, que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarla la reserva y circunspeccion. Al anocheecer de aquel mismo dia la Convencion espidió un decreto mandando que se selláran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veinte y dos. Lauze de Perret era del número de estos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia antes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven, que su calidad de sospechoso junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que mas dañaban que favorecian á sus clientes; que á mas, carecia de un poder de la señorita Forbin para obrar en su nombre y que esa falta de formalidad hacia inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que

ya no necesita del pretesto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret, se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palais-Royal.

Entró en el jardin, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viagera á quien solo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso, ni un dia. Buscó en las galerias la tienda de un cuchillero: entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú y con mesurado andar volvió otra vez al jardin, sentándose en un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas se distrajo con los juegos de los niños, que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil, arrancada por aquellos juegos, y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarlo en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion, que debia verificarse el 14 de julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el emplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos, le robaban el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta este último momento, inmolár á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su

esperanza en este caso era la de ser inmolada en seguida y hecha trizas por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios ni mas memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en su sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar mas recompensa que en su acción misma, no pidiendo su remordimiento ó su celebridad mas que á su conciencia, á Dios ó al bien que hubiese verificado: esta era en suma la única ambicion de su alma. ¿La vergüenza? el recuerdo de su familia se la hacia odiosa. ¿La celebridad? ni para sí la deseaba. ¿La gloria? le parecia un salario humano, indigno de su desinterés, y solo propio para amortiguar su virtud.

Pero en las entrevistas que tuvo despues de su llegada á Paris con Lauze de Perret y sus huéspedes habia sabido que Marat no se dejaba ver mas que en la Convencion. Era, pues, forzoso buscar su víctima en otra parte, y para llegar á ella se necesitaba engañarla.

XX.

Resolvióse á ello. Este fingimiento que mortificaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en trama, el valor en ardid y en asesinato la inmolacion, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Distinguese un acto criminal de uno heroico, antes que se consuman aquellos, por los medios á los cuales se hace forzoso recurrir para verificarlos. Es una necesidad para el crimen el engaño, jamás para la virtud, y es así; porque aquel es la mentira y esta la verdad en acción. El uno necesita las tinieblas, el otro la luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué mas penoso que el asestar el golpe. Confesólo ella misma. La conciencia es justa ante la posteridad.

Apenas hubo vuelto á su habitacion, escribió á Marat

una esquila que entregó á la puerta del *Amigo del pueblo*. «Llego de Caen, le decia. Vuestro amor por la patria me hace esperar que os enterareis con satisfaccion de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la república. Yo me presentaré en vuestra casa hácia la una; tened la bondad de recibirme y concededme un momento de audiencia. Os presentaré ocasion para prestar un gran servicio á la Francia.»

Contando Carlota con el efecto de esta esquila, encontróse á la hora que habia indicado á la puerta de Marat, mas no se la introdujo ante él. Dejó entonces á su portera una segunda esquila, mas urgente é insidiosa que la primera. En esta se apelaba, no solamente al patriotismo, sino tambien á la piedad del *Amigo del pueblo*, y le tendia un lazo haciendo gala de la generosidad que en él suponía. «Os he escrito esta mañana, Marat, le decia, ¿habeis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los mas importantes secretos para la salvacion de la república. Soy á mas perseguida por la causa de la libertad: soy desgraciada, y este título es suficiente para tener derecho á vuestro patriotismo.»

XXI.

Sin esperar la contestacion, salió Carlota de su cuarto á las siete de la tarde, vestida con mas cuidado que ordinariamente, para seducir con una apariencia mas decente la vista de las personas que vigilaban á Marat. Sobre su vestido blanco llevaba una pañoleta de seda que cubria sus espaldas, velaba su pecho y se angostaba bajo éste, á manera de cinturon, anudándose tras el talle. Encerraba sus cabellos una gorra normanda, cuyas blon-

das flotantes caían sobre ambas megillas; una ancha cinta de seda azul sujetaba la gorra alrededor de sus sienas. Su cabellera se desprendía sobre su cuello, y solamente algunos bucles se esparcían sobre sus hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningún sobresalto en la mirada, ni ninguna emoción en la voz patentizaban en ella la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos se presentó á la puerta de Marat.

XXII.

Marat vivía en el primer piso de una casa arruinada de la calle de los Franciscanos, hoy del Colegio de Medicina, número 18. Su habitación se componía de una antesala y de un escritorio, cuyas luces daban sobre un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde estaba su baño, de un dormitorio y de un salón cuyas ventanas recibían la luz de la calle. Esta morada se encontraba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat, amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aun de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo sin cesar, mujeres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los periódicos; los gastados tramos de la escalera, los umbrales mal barridos de las puertas, todo atestiguaba ese movimiento y ese desorden que cerca habitualmente á un hombre atareado, y la continua afluencia de ciudadanos á la casa de un periodista y corifeo del pueblo.

Esta habitación manifestaba, por decirlo así, el orgullo de su indigencia. Al parecer, su dueño, entonces poderoso sobre la nación, quería hacer esclamar á sus visitantes ante el aspecto de su miseria y de su trabajo: «Mirad el amigo y modelo del pueblo, no ha cambiado ni de morada, ni de costumbres, ni de trage.»

Aquella miseria era el distintivo del tribuno: mas aun que afectada, era real. El ajuar de la casa de Marat era el de un humilde artesano. La muger que gobernaba su casa llamábase en otro tiempo Catalina Evrard; entonces se denominaba Albertina Marat, desde que el *Amigo del pueblo*, le había dado su nombre, tomándola por esposa en un hermoso día y ante la luz del sol, á imitación de Juan Jacobo Rousseau. Una sola criada la ayudaba en los cuidados domésticos. Un mozo, llamado Lorenzo Basse, hacía los recados, los quehaceres exteriores, y en sus momentos de ocio se ocupaba en la antesala en los trabajos manuales necesarios para el servicio de folletos y anuncios del *Amigo del pueblo*.

La devorante actividad del escritor, no se había entibiado con la lenta enfermedad que le consumía: la inflamación de su sangre animaba al parecer su alma. Unas veces desde la cama, otras desde el baño, no cesaba de escribir, de apostrofar, de dirigir invectivas á sus enemigos y de incitar á la Convención y á los Franciscanos. Ofendido por el silencio con que la asamblea acogía sus mensajes, acababa de dirigirle una nueva carta en la que amenazaba á la Convención con hacerse llevar moribundo á la tribuna para avergonzar de su flojedad á los representantes y dictarles los asesinatos indispensables. Ocupado por el presentimiento de la muerte, temía tan solo al parecer, que la hora suprema llegase demasiado pronto y no le otorgase tiempo para inmolarse suficiente número de culpables. Mas ávido de matar que de vivir, se apresuraba á enviar al tribunal todas las víctimas que le era posible, como otros tantos derechos presentados por la cuchilla á la revolución completa, la cual quería dejar libre de enemigos antes de su muerte. El terror que salía de la casa de Marat, volvía á ella bajo otra forma: la de un temor perpétuo hácia el asesinato. Su compañera y confidentes creían ver levantados sobre él igual número de puñales, que el que él mismo

levantaba sobre las cabezas de trescientos mil ciudadanos. La entrada á su habitacion estaba vedada como el acceso al palacio de la tiranía. No se dejaban acercar á su persona mas que amigos de confianza ó denunciadores recomendados de antemano y sujetos á interrogatorios y severas identificaciones. El amor, la desconfianza y el fanatismo velaban juntos sobre sus días.

XXIII.

Ignoraba Carlota estos obstáculos, pero los sospechaba. Bajó del coche en la acera opuesta de la calle, frente á la habitacion de Marat. El día principiaba á amortiguarse, particularmente en aquel barrio al que prestan sombra sus altas casas y estrechas calles. La portera rehusó desde luego dejar entrar en el patio á la jóven desconocida; mas esta insistió y ganó algunos tramos de la escalera, llamada en vano por la voz de aquella. Al ruido, la querida de Marat entreabrió la puerta y negó la entrada del aposento á la forastera. El sordo allercado producido por estas dos mugeres, una de las cuales supplicaba el permiso de hablar con el *Amigo del pueblo*, y la otra se obstinaba en impedirle el paso, llegó á los oídos de Marat. Dedujo por estas esplicaciones entrecortadas, que la visita era la desconocida de quien habia recibido dos esquelas durante el día; y con imperativa y fuerte voz mandó que se la dejase entrar.

Ya fuera por celos ó por desconfianza, Albertina obedeció con repugnancia y gruñendo. Introdujo á la jóven en el reducido aposento donde se encontraba Marat, y dejó entreabierta, al retirarse, la puerta del corredor para poder escuchar cuanto hablaban y percibir el menor movimiento del enfermo.

El aposento estaba débilmente iluminado. Marat se

hallaba en el baño. En este forzoso descanso otorgado al cuerpo, no dejaba reposar al alma. Una plancha mal acepillada que cubria el baño estaba llena de papeles, cartas abiertas y escritos principiados. En su mano derecha se veia la pluma, que la llegada de la desconocida habia suspendido sobre la página. Esta hoja de papel era una carta para la Convencion, pidiéndola el juicio y la proscripcion de los últimos Borbones tolerados en Francia. Junto al baño un disforme tajo de encina, parecido á un tronco para la chimenea, puesto en pie, sostenia un recado de escribir de plomo y de tosquisima labor, manantial impuro de donde habian salido en tres años tantos delirios, tantas denuncias y tanta sangre. Marat, cubierto en su baño con una sábana sucia y manchada de tinta, tenia fuera del agua la cabeza, las espaldas, medio cuerpo y el brazo derecho. Nada habia en la fisonomía de este hombre capaz de enternecer la mirada de una muger ni que hiciera vacilar al herir. Cabellos grasesientos, ceñidos por un sucio pañuelo, frente salida, ojos atrevidos, pómulos angulosos, inmensa y fisgona boca, velludo pecho, ceñudas facciones y piel lívida, todo esto se veia reunido en Marat.

XXIV.

Evitó Carlota detener su mirada sobre él, temiendo descubrir el horror que tal aspecto infundia en su alma. En pie, bajos los ojos, las manos caidas, cerca del baño, aguardó que Marat la interrogase sobre la situacion de la Normandía. Respondió concisamente, dando á sus contestaciones sentido y colorido propio á lisongear los deseos inherentes al demagogo. Pidióle éste al momento los nombres de los diputados refugiados en Caen. Carlota los nombró. Notólos aquel, y cuando concluyó de escribir

los nombres: «Está bien, le dijo, con el acento propio de un hombre seguro de su venganza; antes de ocho dias iran todos á la guillotina.»

A estas palabras, como si el alma de Carlota hubiese esperado un nuevo crimen para resolverse á dar el golpe, sacó de su seno el cuchillo y le hundió con fuerza sobrenatural hasta el mango, en el corazon de Marat. Carlota retiró con igual movimiento el cuchillo ensangrentado del cuerpo de la víctima y le dejó caer á sus pies. «¡A mi querida amiga ¡a mi!» exclamó Marat espirando en el acto.

Al angustioso grito de la víctima, Albertina, la criada y Lorenzo Basse se precipitaron en el aposento recibiendo en sus brazos la moribunda cabeza de Marat. Carlota, inmóvil y como petrificada por su crimen, permanecia en pie tras la cortina de la ventana. La transparencia de la tela, resaltada por los postreros rayos del dia dejaba ver la sombra de su cuerpo. Lorenzo, armándose de una silla dirigió á la jóven un mal seguro golpe á la cabeza, á cuyo impulso cayó tendida sobre el pavimento. La querida de Marat la holló pisoteándola á impulsos de su cólera. Al tumulto de la escena, á los gritos de las dos mugeres, los habitantes de la casa acudieron, los vecinos y los transeuntes se detuvieron en la calle, subieron la escalera, inundaron el aposento, el patio, y de allí á poco todo el barrio, pidiendo con encolerizadas vociferaciones la entrega del asesino para vengar sobre el cadáver, aun palpitante, la muerte del ídolo del pueblo. Los soldados de los puestos inmediatos y los guardias nacionales, acudieron: el orden venció al tumulto. Los facultativos acuden y se esfuerzan en restañar la herida. El agua enrojecida da al hombre sanguinario la apariencia de espirar en un baño de sangre: cuando trasportaron á Marat á su cama, era un cadáver.

Carlota se habia levantado por sí misma. Dos soldados la sujetaban, cruzados los brazos, como si llevase esposas, esperando la llegada de cuerdas para anudar sus manos. La hilera de bayonetas que la cercaban bastaba apenas á contener la multitud que sin cesar se precipitaba hácia ella para despedazarla. Amenazas, puños levantados, sables, anunciaban mil muertes acumuladas sobre su cabeza. La compañera de Marat, desprendiéndose de las mugeres que la consolaban, lanzábase por intervalos sobre Carlota, cayendo nuevamente en lloros y desmayos. Un franciscano fanático llamado Langlois, peluquero, habitante en la calle de Dauphine, habia recogido el ensangrentado cuchillo, y pronunciaba el panegirico mortuorio sobre el cadáver de la víctima, entrecortando sus lamentos y elogios fúnebres con gestos vengadores; con los cuales parecia hundir igual numero de veces al hierro en el corazon asesino. Carlota, que anticipadamente habia aceptado todas esas muertes, contemplaba con fija y petrificada mirada aquel movimiento, aquellos gestos, manos y armas tan de cerca contra ella dirigidos. Tan solo le conmovian los desgarradores gritos de la compañera de Marat. Su fisonomia parecia espresar ante esta muger, la sorpresa de no haber pensado que semejante hombre podia ser amado, y el sentimiento de haberse visto obligada á herir dos corazones, para acabar con uno. Exceptuada la impresion de piedad que los cargos de Albertina prestaba algunos momentos á su boca, no se traslucia alteracion ninguna ni en su fisonomia, ni en su color. Únicamente, como contestacion á las invectivas del orador y á los gemidos del pueblo que lloraba la pérdida de su ídolo, dibujábase en sus labios la amarga sonrisa del desprecio. «¡Infelices! exclamó una vez, pedis mi muerte

cuando deberíais erigirme un altar, por haberos libertado de un monstruo. Arrojadme á esa colérica muchedumbre, dijo nuevamente á los soldados que la protegían; puesto que lloran, dignos son de ser mis verdugos.»

Esta sonrisa, cual un reto lanzado al fanatismo de la multitud, produjo imprecaciones mas furiosas, gestos mas amenazadores. El comisario de la seccion del Teatro Francés, Guillard, entró escoltado por un refuerzo de bayonetas. Estendió la sumaria verbal del asesinato y mandó conducir á Carlota al salon de Marat para principiar el interrogatorio. Escribió sus contestaciones, las cuales fueron tranquilas, lucidas y reflexionadas, acompañadas de firme y sonora voz, no respirando otro sentimiento que el de una satisfaccion orgullosa por el acto que habia cometido. Ella dictaba sus declaraciones, asi como sus elogios. Los administradores de la policia departamental, Louvet y Marino, ceñidos con la banda tricolor, asistian al interrogatorio. Habian noticiado lo sucedido al consejo del comun, al comité de salvacion pública y al de seguridad general. La noticia de la muerte del *Amigo del pueblo* se habia esparcido, con la rapidez de una comocion eléctrica, por hombres que corrian desatinados de barrio en barrio. Paris entero se detuvo como herido de estupor al relato de este atentado. Parecia que la república hubiese temblado, ó que sucesos desconocidos debiesen surgir del asesinato de Marat. Diputados pálidos, estremecidos de horror, entraron en la Convencion é interrumpiendo la sesion, sembraron los primeros rumores del acontecimiento en la asamblea. Resistieron á creerlo, como se resiste á creer un sacrilegio. El comandante general de la guardia nacional, Henriot, llegó prontamente á confirmar la nueva. «Si, temblad todos, dijo; Marat ha muerto asesinado por una jóven, que tiene á gloria el haber dado tal golpe: redoblad la vigilancia sobre vuestras vidas. Iguales peligros nos acercan á todos. Descon-

fiad de las cintas verdes, y juremos vengar la muerte de aquel grande hombre.»

XXVI.

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, individuos de las comisiones de gobierno, abandonaron al momento el salon para correr al teatro del crimen. En él encontraron la multitud engrosándose continuamente, y á Carlota contestando á las primeras interrogaciones. Quedaron confusos y mudos á la vista de tanta juventud, de tan bello rostro y de palabras que tanta calma y resolucion respiraban. Jamás el crimen se habia presentado ante el espíritu del hombre bajo semejante aspecto. Ella le desvirtuaba de tal suerte ante sus ojos, que aun junto al cadáver sintieron compasion para con el asesino.

Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure, ordenaron que fuese trasportada á la Abadía, prision la mas inmediata á la casa de Marat. Mandóse acercar el mismo carruage de alquiler que la habia conducido. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos. Su sordo rumor, interrumpido de vociferaciones y accesos de furor, anunciaba la venganza y hacia la traslacion difícil. Los destacamentos de fusileros sucesivamente llegados, la banda de los comisarios y el respeto hácia los miembros de la Convencion contrarrestaron y contuvieron la multitud. El cortejo se abrió paso á duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la cogian por los codos salvó el umbral de la casa para ganar el estribo del carruage, el pueblo se arremolinó alrededor de las ruedas con amenazas y aullidos tales, que creyendo Carlota sentir

sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al volver en sí se admiró y afligió de respirar aun. Aquella muerte era la que se había imaginado. Sobre su suplicio la había arrojado la naturaleza el velo del desmayo. Sufria por no haber desaparecido enteramente en la tempestad que había originado, sintiendo tener que entregar su nombre á la tierra antes que á la otra muerte; mas á pesar de todo daba gracias con emoción á los que la habían protegido contra las mutilaciones de la multitud.

XXVII.

Chabot, Drouet y Legendre la siguieron á la Abadía, donde la hicieron sufrir un segundo interrogatorio que duró hasta bien entrada la noche. Algunos individuos de las comisiones, y entre otros Harmand (de la Meuse), atraídos por la curiosidad, se habían introducido con sus colegas, y asistían al interrogatorio, á menudo interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria y celoso de haber sido reputado digno también del martirio de los patriotas, creyó ó fingió creer que reconocía en Carlota una joven que había ido á su casa la víspera, bajo el traje de religiosa, y que él había rechazado. «El ciudadano Legendre se engaña, dijo Carlota con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado, jamás le he visto. No creo tan importante para la salvación de la república la vida ó muerte de semejante sugeto.»

La registraron. Encontróse solo en este momento en sus bolsillos la llave de su baul, su dedal de plata, un ovillo de hilo y otros instrumentos propios de las labores de aguja, tan cerca no ha mucho del puñal de Bruto; doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro

construido por un relojero de Caen, y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba aun el estuche del cuchillo con que había herido á Marat. «¿Reconoceis este cuchillo? la preguntaron.—Sí.—¿Qué os ha inducido á tal crimen?—He visto, contestó, la guerra civil pronta á destrozar la Francia; y convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades de mi patria, he hecho el sacrificio de mi vida por la suya, para salvar á mi país.—Nombrados los sugetos que os han aconsejado ese execrable crimen, que no podíais concebir sola.—Nadie ha conocido mi intento. He engañado respecto al objeto de mi viaje á la tía con quien vivía. He engañado á mi padre. Pocas personas frecuentan la casa de la primera; y nadie ha podido penetrar mi pensamiento.—¿No habeis abandonado la población de Caen con el proyecto ya formado de asesinar á Marat?—Tal fué el móvil de mi vida.—¿A dónde habeis ido á buscar el arma? ¿Qué personas habeis visitado en París? ¿Qué habeis hecho desde el jueves, día en que llegásteis aquí?» A estas preguntas relató con literal sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en París y de su acción. «¿Después del asesinato, no habeis procurado huir?—Me hubiese evadido por la puerta, á no impedírmelo.—Sois soltera; ¿habeis tal vez amado á algun hombre?—Jamás.»

XXVIII.

Estas respuestas exactas, allivas, y de vez en cuando desdenosas, soltadas con una voz cuyo timbre recordaba la infancia anunciando viriles pensamientos, hicieron reflexionar muchas veces á los demandantes sobre el poder de un fanatismo que se apoderaba y que vigorizaba un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras este candor y tras esta belle-

za, pero tan solo entrevieron la magnanimidad de un corazón intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot se mostraba descontento, y su mirada devoraba los cabellos, la cara, el talle, el todo, de la joven que se hallaba atada ante sí. Creyó entreveer un plegado papel sujeto á su seno por un alfiler; al momento alargó el brazo para apoderarse de lo que creía cuerpo del delito. Carlota habia olvidado aquel papel que veia Chabot, y que era una proclama á los franceses, redactada por ella misma, invitando á los ciudadanos á derrocar la tiranía y á la concordia. Creyó que el gesto junto con lo que espresaban los ojos de Chabot, era un ultraje á su pudor: impedida por las ligaduras, no pudo oponer sus manos. Sintió tal horror é indignación, que hizo hácia atrás un movimiento tan convulsivo del cuerpo y hombros, que se rompió el cordón de su vestido, separándose este y dejando descubierto su seno. Confusa, y tan rápida como el pensamiento, se bajó y acurrucó para ocultar la desnudez á sus jueces; pero era muy tarde ya, y su castidad debia ruborizarle de la mirada de los hombres.

El patriotismo no hacia á estos hombres ni cínicos ni insensibles: pareció que sufrían tanto como Carlota Corday de este involuntario sacrificio de su inocencia. La joven suplicó que le desatasen las manos para arreglarse el vestido; súplica que fué escuchada y admitida. El respeto á la naturaleza cerró los ojos de los hombres que tal escena presenciaban. Libres ya las manos de Carlota, la joven, de cara á la pared, se arregló el vestido y y pañoleta: los jueces aprovecharon esta holgura para que firmase sus declaraciones. Las cuerdas habian dejado en sus brazos señales amoratadas: cuando quisieron atarla de nuevo, rogó á los carceleros que la permitiesen ponerse guantes, para que se rebajasen aquellas señales, y la evitasen este tormento hasta el último suplicio que bien luego iba á sufrir. Tales eran el acento y gesto de la po-

bre joven, que Harmand vertió algunas lágrimas y se alejó para ocultarlas.

Hé aqui los principales y testuales párrafos de la proclama á los franceses, documento hasta hoy oculto á las investigaciones de la historia, y que ya empezada esta obra nos ha suministrado el sugeto que lo posee, Mr. Paillet. Está escrita por la misma Carlota, con una letra grande, varonil, firme y muy señalada, como á propósito para atraer de lejos las miradas. La hoja de papel se halla plegada en octavo, para ocupar menos espacio debajo de sus vestidos: distintamente se ven ocho agujeros, hechos por el alfiler con que Carlota prendió el papel junto á su pecho.

PROCLAMA Á LOS FRANCESES AMIGOS DE LAS LEYES Y DE LA PAZ.

«¿Hasta cuándo, desgraciados franceses, os halagarán los trastornos y las disensiones? Harto tiempo ha que facciosos y malvados han pospuesto el interés general al interés de su ambicion. ¿Por qué, víctimas de su furor, os destrozais vosotros mismos, para fundar el deseo de su tiranía sobre las ruinas de la Francia?

«Por do quiera estallan las facciones; la Montaña triunfa por el crimen y por la opresion, y algunos monstruos sedientos de nuestra sangre dirigen sus detestables complots. . . . Trabajamos por nuestra propia perdicion, con mas celo y mas energia que si se tratase de conquistar la libertad. Franceses, permaneced impassibles un momento mas, y á la posteridad se legará tan solo el recuerdo de vuestra existencia.

«Ya los departamentos indignados se dirigen á Paris: el fuego de la discordia y la guerra civil cunde ya por la mitad de este vasto imperio: aun hay un medio para

estinguirlo ; pero este medio debe ser pronto. Ya el mas infame de los malvados , Marat , cuyo solo nombre presenta la imágen de todos los crímenes , sucumbiendo bajo el hierro vengador , conmueve á la Montaña , y hace palidecer á Danton , Robespierre y esos otros infames sentados sobre su sangriento trono , rodeados del rayo que los dioses vengadores de la humanidad suspenden tan solo para que su castigo sea mas temible , y para intimidar á todos los que quisieran cimentar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos de que han abusado.

«Despertad , franceses , no desconocéis vuestros enemigos , ¡marchad! que abatida la Montaña , solo queden hermanos , amigos. Ignoro si el cielo nos reserva un gobierno republicano , pero tan solo en el exceso de sus venganzas puede darnos un montañés por gefe. ¡Oh Francia! la base de tu reposo es la ejecucion de las leyes; no fallo á ellas matando á Marat; condenado por el universo, está fuera de la ley. ¿Qué tribunal me juzgará? ¿Si soy culpable, lo era Alcides cuando destruía los monstruos? . . .

«¡Oh patria mia! ¡tus infortunios laceran mi corazón, y no puedo ofrecerte mas que mi vida! Gracias doy al cielo porque me ha dejado la libertad de disponer de ella; á nadie le perjudicará mi muerte; no imitaré á Paris (el asesino de Lepelletier de Saint-Fargeau) matándome. Quiero que mi último suspiro sea útil á mis conciudadanos, que mi cabeza en Paris sea la bandera de union para todos los amigos de la ley; que la caída de la vacilante Montaña sea escrita con mi sangre , y que el universo vengado , declare que he merecido bien de la humanidad. Por lo demas , si bajo otro prisma se mira mi conducta su juicio no me inquieta.

Qu'a l'univers surpris cette grande action
Soit un objet d'horreur ou d'admiration,
Men esprit, peu jaloux de vivre en la mémoire,

Ne considère point le reproche ou la gloire :
Toujours indépendant et toujours citoyen,
Mon devoir me suffit, tout le reste n'est rien.
Allez, ne songez plus qu'à sortir d'esclavage!....

«No debe incomodarse ni á mis padres ni á mis amigos : todos ignoraban mis proyectos. Adjunta á esta proclama va mi partida de baulismo para que se conozca cuanto puede una débil mano dirigida por ferviente entusiasmo. Si la suerte no me favorece , franceses , ya os he indicado el camino : conocéis vuestros enemigos , levantaos , marchad y herid.»

Al leer estos versos delineados por la nieta de Corneille al final de esta proclama , y colocados como un sello antiguo en una página del tiempo , se cree á la primera ojeada que son versos de su abuelo , y que en tal situacion ha invocado el patriotismo romano del gran trágico de su familia. Sin embargo , no es lo cierto ; los versos son de Voltaire en la tragedia la *Muerte de César*.

La autenticidad de esta proclama , se comprueba por una carta de Fourquier-Tinville , anexa al respaldo. El acusador público dirige esta carta al comité de seguridad general de la Convencion : los términos en que está concebida son los siguientes :

«Ciudadanos , os remito el interrogatorio de Carlota Corday , junto con las dos cartas que escribió en la cárcel , de las cuales dirigía una á Barbaroux. Estas cartas circulan por las calles pero tan inexactas , que tal vez fuese necesario imprimirlas con rigorosa exactitud. Con todo , ciudadanos , si despues de haberlas leído juzgáis que no hay inconveniente imprimirlas me lo participareis.

«Os manifiesto haberme informado que Carlota era la querida de Belzunce , coronel que murió en una revuelta de Caen ; que desde aquella época concibiera un odio implacable contra Marat , que este odio pareció reanimar-

se en ella desde el momento que Marat delató á Biron, pariente de Belzunze, y que Barbaroux aprovechó las criminales predisposiciones de esta jóven contra Marat, para instigarla á la ejecucion de este horrible asesinato.

«FOUQUIER-TINVILLE.»

Se deduce de estas dudas y conjeturas que la opinion pública corria de hipótesis en hipótesis, haciendo causa del crimen, ya al amor, ya al resentimiento, y rehuyendo la verdadera causa, que era el patriotismo.

Carlota Corday fué puesta en un calabozo. Vigilada durante la noche por dos gendarmes, en vano reclamó contra aquella profanacion de su sexo. El comité de seguridad general avivaba su causa y su suplicio. Desde el fondo de su prision oía á los vendedores de papeles queregonaban el relato de su asesinato acompañados de los gritos del furor del pueblo, que deseaba mil muertes al asesino. Carlota acogia esta voz del pueblo como el juicio de la posteridad. A través del horror que inspiraba, presentaba la apoteosis. Bajo este pensamiento escribió al comité de seguridad general lo siguiente: «Puesto que aun me restan algunos instantes de vida, ¿puedo esperar, ciudadanos, que se me permita retratarme? Quisiera dejar este recuerdo á mis amigos. Se aprecia la imágen de los buenos ciudadanos; muchas veces la curiosidad es móvil para adquirir la de los grandes criminales, con objeto de perpetuar el horror de su crimen. Si accedeis á mi súplica, que venga mañana un pintor de miniatura. Os renuevo el deseo de que se me permita dormir sola. Sin cesar oigo anunciar por las calles la prision de mi cómplice Fauchet. Hace dos años le ví por primera vez desde la ventana. Ni le amo, ni le aprecio. Es de todos los hombres, al que mas difícilmente hubiera confiado mi proyecto. Si esta declaracion puede favorecerle, certifico la verdad.»

El presidente del tribunal revolucionario, Montané, compareció al siguiente dia 16, para interrogar á la acusada. Conmovidó de tanta belleza y de tanta juventud, é intimamente convencido de la sinceridad de un fanatismo, que casi borraba el crimen á los ojos de la justicia humana, intentó salvar la vida de la acusada. Preguntaba y tácitamente insinuaba las respuestas, respuestas en las que apareciese el crimen, cubierto por la demencia. Carlota rehuyó obstinadamente la piadosa intencion del presidente. La ejecucion de su proyecto, la admitió como su gloria. Mandaron trasladarla á la Consergeria, y madama Richard, esposa del alcaide la recibió con la compasion que inspira la juventud, próxima al cadalso.

Merced á la indulgencia de sus carceleros, obtuvo Carlota tinta, papel y soledad, aprovechándose de esto para escribir á Barbaroux una carta interrumpida. En ella delineaba todas las circunstancias de su permanencia en Paris, en un estilo en que el patriotismo acompañaba á la muerte y jovialidad, como en las heces de la copa de un banquete de despedida, se mezcla lo amargo con la dulzura. Despues de descubrir de un modo jovial los pormenores de su viage en compañía de montañeses, y el repentino amor que la declaró un jóven viagero, continuó: «Ignoraba que el comité de salvacion pública hubiese interrogado á los viageros. Desde el momento, me afirmé en que no los conocia, para evitarles la molestia de dar esplicaciones. En esto seguia á mi oráculo Raynar, que dice que debe negarse la verdad á los tiranos. Por la viagera que vino conmigo han sabido que os conozco y que he visto á Lauze de Perret: no ignorais la firmeza de alma de éste: ha contestado sin apartarse un ápice de la verdad. Nada se prueba contra él, pero su firmeza es

un crimen: me he arrepentido, pero tarde, de haberle hablado. Quise reparar mi falta aconsejándole que huyese, y que se reuniese con sus colegas. No es hombre que se deje dominar... Mucho os sorprenderá cuando os paises que han preso á Fauchet como mi cómplice, hombre á quien hasta mi existencia le era desconocida. No les satisface poder ofrecer tan solo una muger á los manes del grande hombre. ¡Perdonad, hombres! el nombre de Marat deshonra vuestra raza. Era un animal feroz que se aprontaba á devorar la mitad de la Francia, ayudado de lu guerra civil. Gracias al cielo, su nacimiento no fué francés... Cuando mi primer interrogatorio, Chabot tenia la apariencia de un loco. Legendre quiso convencerme de que me habia visto por la mañana en su casa: es hombre en quien jamás he pensado. No lo creo capaz de ser el tirano de su pais, y no pretendo castigar á todos, creo que se han impreso las últimas palabras de Marat y dudo mucho que haya proferido alguna. Voy á relataros la última que ante mí pronunció: despues de apuntar vuestros nombres y todos los de los administradores del departamento de Calvados, que se encuentran en Evreux, me dijo como para consolarme, que dentro de muy pocos días los haria guillotinar en Paris. Estas últimas palabras decidieron de su suerte. Sí, declaro que lo que resueltamente me decidió, fué el valor con que nuestros voluntarios se alistaron el domingo 7 de julio. Recordareis que prometí que Petion se arrepentiria de las sospechas que en él despertó mi conducta. Consideré que miles de valientes marchaban para alcanzar la cabeza de un hombre, que pudiera faltarles la realizacion de su plan, ó que este hombre arrastraria en su caída innumerables ciudadanos: consideré que Marat no merecia tanto honor, y que le bastaba la mano de una muger... Al salir de Caen, mi proyecto era sacrificarle en medio de la Montaña, pero ya no asistia á la Convencion. ¡En Paris no comprenden que una muger inútil, cuya larga vida no redundaria en

provecho de nada, pueda sacrificarse por su pais!..... Como verdaderamente me dominaba la sangre fria, al salir de casa de Marat, dirigiéndonos á la Abadia, sufrí con los gritos de las mugeres; pero el que salva la patria no conoce el valor de su sacrificio. ¡Cuán vivo es mi deseo para que reine la paz! Ha dos días que deliciosamente gozo de ella. La felicidad de mi pais constituye la mia. Una imaginacion viva y un corazon sensible me prometian una vida muy inquieta; perspectiva que debe alegrar de mi presente suerte á los que me consagren algun recuerdo. Entre los modernos se cuentan muy pocos patriotas que sepan inmolarse por su pais. Reina el egoismo. ¡Pobre pueblo para formar una republica!.....»

XXX.

Quedó aqui interrumpida esta carta á causa de la traslacion de la cautiva á la Consergeria, pero la prosiguió en su nueva prision en estos términos. «Continúo. Ayer me ocurrió la idea de hacer presente de mi retrato al departamento de los Calvados. El comité de salvacion pública no me ha contestado, y ya se hace tarde. Es de reglamento, que necesito un defensor. Me he resuelto á que sea un montañés, y aun pienso elegir á Robespierre ó Chabot.... Mañana á las ocho me juzgan. Adoptando el lenguaje romano, probablemente al medio día habré vivido. Ignoro cómo pasará los últimos momentos: el fin corona la obra. No necesito afectar insensibilidad, porque hasta este momento no abrigo el mas leve temor de la muerte. Nunca he apreciado la vida mas que por la utilidad que pudiera reportar. Marat no veia la muerte: creo, sin embargo, que la merecia.... No olvidéis el asunto de madama Forbin: adjunta va su direccion á Suiza. Decidla que la amo de corazon. Voy á escribir á mi

padre. Nada digo á los demas amigos. Les exijo un pronto olvido: su afliccion deshonraria mi memoria. Decid al general Wimpfen que creo haberle ayudado á ganar mas de una batalla, facilitando la paz. Adios, ciudadano. Los encarcelados en la Consergeria, en vez de injuriarme como el pueblo por las calles, aparentan compadecerme. La desgracia despierta la piedad. Esta es mi última reflexion.»

XXXI.

La carta á su padre, que fué la postrera, era corta y el lenguaje rebosaba ternura, en vez de jovialidad como en la carta de Barbaroux. «Perdonadme que dispusiese de mi existencia sin contar con vuestro permiso, decia. He vengado muchas victimas inocentes y he evitado muchos otros desastres. Desengañado un dia el pueblo se alegrará de lo que he hecho, porque le libré de un tirano. Si intenté persuadiros de que me dirigia á Inglaterra, es porque me esperanzaba el quedar desconocida: he tocado la imposibilidad. Creo que no os inquietarán; pero de todos modos, en Caen no os faltará quien os apoye. He elegido por mi defensor á Gustavo Doulcet de Pontécoulant. Un atentado de esta especie no admite ninguna defensa respecto á la forma. Adios, querido papá; os suplico que cuanto antes me olvideis ó que os alegreis de mi posicion. La causa es hermosa. Abrazad á mi hermana, á quien amo de todo corazon. No olvideis este verso de Corneille:

¡La vergüenza es el crimen, no el cadalso!

Mañana á las ocho me juzgan....»

Esta alusion á un verso de su abuelo, recordando á su

padre el orgullo de su nombre y el heroismo de la sangre, parecia que intentaba colocar su accion bajo la salvaguardia del genio de su familia. Impedia la debilidad de su padre presentándole el cuadro de los sentimientos romanos, aplaudiendo anticipadamente su abnegacion.

XXXII.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, se presentaron los gendarmes para conducirla al tribunal revolucionario. La sala estaba situada encima de los arcos de la Consergeria. Una sombría escalera, estrecha y fúnebre, que se deslizaba por los huecos de espesas murallas del basamento del palacio de Justicia conducia los acusados al tribunal revolucionario, y por allí volvia de nuevo á su calabozo. Antes de subir arregló Carlota sus cabellos y vestidos para presentarse decente ante la muerte; despues dijo sonriendo al alcaide que asistia á estos preparativos: «Mr. Richard, os encarezco que cuideis de que mi desayuno esté pronto para cuando baje: es probable que mis jueces tendrán prisa. Quiero que en mi última comida me acompañeis vos y vuestra esposa.»

Todo Paris sabia desde la vispera la hora del juicio de Carlota Corday. La curiosidad, el horror ó la compasion atrajeron una multitud inmensa á la sala del tribunal revolucionario y las precedentes. Cuando se acercó la acusada se levantó un sordo murmullo del seno de esta muchedumbre; murmullo que parecia encerrar una maldicion. Pero apenas atravesó el tropel y ostentó su belleza, cuando este murmullo de cólera se cambió por otro de interés y de admiracion. Las fisonomias expresaban horror ó ternura. La suya, exaltada por la solemnidad del momento, coloreada por la emocion, alterada por ser blanco de tanta mirada, ennoblecida por la mag-

nitud de un crimen que ostentaba en su alma y frente como una virtud; finalmente, la magestuosidad y modestia juntas y confundidas en su actitud, prestaban á su persona un encanto que impresionaba todos los ánimos y todas las miradas: sus mismos jueces parecían ante ella acusados. Creíase la justicia divina ó la Nemesis antigua, sustituyendo la conciencia á las leyes, y que venía á pedir á la justicia humana, no la absolución, sino que la reconociesen y temblasen.

XXXIII.

Apenas se sentó en el banco de los acusados, la preguntaron si tenía defensor; y contestó que para tal encargo había elegido á un amigo, pero que no viéndole en aquel recinto, creía que le había faltado el valor necesario. El presidente le nombró un defensor de oficio, que fué el jóven Chaveaux-Lagarde, ilustre despues por la defensa de la reina, y conocido ya por su elocuencia y valor, en el tiempo y en las causas en que el defensor compartía los peligros del acusado. Esta eleccion del presidente indicaba un remoto pensamiento de salvacion. Chaveaux-Lagarde se colocó en la barra. Carlota le dirigió una mirada escrutadora é inquieta, como si temiese que para salvar su vida, el defensor sacrificase algo de su honor.

La viuda de Marat prestó su declaracion entre contínuos sollozos. Carlota, conmovida por el dolor de esta muger, acortó su declaracion esclamando: «Si, si; yo soy la que le asesiné.» Refirió en seguida que la concepcion de su proyecto contaba ya tres meses; declaró su intencion de herir al tirano en medio de la Convencion, y la estratagemá á que recurriera para acercarse á Marat. «Convengo, dijo humildemente, en que este medio no

era digno de mí, pero era necesario aparentar cariño á ese hombre para colocarle al alcance de mi puñal.—¿Quién os ha inspirado tanto odio contra Marat?—Inútil me era el odio de los demas; me bastaba el mio: no favorece el buen éxito, cuando se adoptan otras ideas que no son las propias.—¿Qué aborreciais en él.—Sus crímenes.—Y dándole la muerte, ¿qué esperábais?—Dar la paz á mi patria.—¿Creeis acaso haber asesinado á todos los Marats?—Muerto aquel temblarán tal vez los otros.» Se le presentó el cuchillo para que le reconociese, y lo rechazó espresando disgusto. «Si, dijo, le reconozco.» Pasado el calor del crimen, se le hacia éste odioso en el instrumento que lo había consumado. «¿Qué sujetos visitábais ú os visitaban en Caen?—Poca gente; veía á Larue, oficial municipal, y al cura de San Juan.—En Caen, ¿os confesábais con sacerdotes juramentados ó no juramentados?—Ni con los unos, ni con los otros.—¿Cuándo formásteis vuestro designio?—Despues de la jornada del 31 de mayo, en la que se prendieron aqui á los diputados del pueblo. He muerto un hombre para salvar cien mil. Era republicana mucho antes que la revolucion.»

Carearon á Fauchet con Carlota. «Solo conozco á Fauchet de vista, dijo ésta con desden; le considero hombre falto de hábitos morales y sin principios, y le desprecio.» El acusador le echó en cara el haber dirigido el golpe de arriba hácia abajo para que fuese mas seguro, diciéndola que era forzoso, sin duda ninguna, que estuviese habituada al crimen. A esta suposicion que desconcertaba todos sus pensamientos comparándola á los asesinos de profesion, arrojó una esclamacion de vergüenza. «¡Mónstruo! gritó, ¿me toma por un asesino!»

Fouquier Tinville reasumió los debates, y pidió la muerte.

Levantóse el defensor. «La acusada, dijo, confiesa el crimen: confiesa su larga premeditacion y tambien las circunstancias de mas peso. Ciudadanos: he aqui su de-

fensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegación de sí misma, que no revela ningún remordimiento ante la muerte, calma y abnegación, que aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, solo pueden explicarse teniendo en cuenta la exaltación del fanatismo que ha puesto el puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndola preguntado el presidente si tenía algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le había impuesto, desdenó responder; y acercándose á su defensor: «Caballero, le dijo con penetrante y dulce voz, me habeis defendido segun mis deseos, y os doy gracias; os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, os lo ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo alguna cantidad en la cárcel y os lego esta deuda, á fin de que la satisfagais por mí.»

Durante el interrogatorio, y mientras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomía. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hácia el artista para que pudiese retratar mejor su imágen. Pensaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

XXXIV.

Detrás del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules, y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar mas á su sa-

bor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestación de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calenturiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la acción, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada espresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emoción, provocó por exclamaciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atención de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el jóven con la actitud de un hombre que protesta en su corazón, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundía con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga, contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel jóven desconocido era Adan Lux, republicano alemán enviado á París por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razon humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció entre los sables de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no le abandonó jamás.

XXXV.

De vuelta ya en la Consergeria, para salir en breves instantes hácia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus